

## RECENSIONES

URI AVNERY: *Israel sans sionisme*. Editions du Seuil. París, 1969, 254 págs.

Desde que en junio de 1967 tuvo lugar la llamada «guerra de los seis días», dicha guerra no sólo sigue efectivamente durando y agravándose en las violencias de los pequeños combates parciales, las represiones y contrarrepresiones; sino que ha hecho que alrededor de la cuestión de la actuación de Israel hayan quedado girando todos los problemas del Cercano Oriente entero. De hecho no existe ya la teórica «crisis del Oriente Medio», pues todo se reduce a la angustia de Palestina. Su confusión sigue siendo una de las más difíciles tareas con que se enfrenta la O. N. U. y que influye en los tratos entre las potencias mundiales. Sin embargo (y al lado de las dificultades materiales del peso sobre la política internacional), están también las dificultades de una comprensión objetiva contra la cual se alzan muchos prejuicios «a priori».

Desde luego, tanto sobre las comprensiones como sobre las gestiones para una pacificación palestina pesan sobre todo los empeños de que cada parte dirigente quiere creer que los factores humanos arábigos, judaicos, orientales, mundiales, etcétera que allí se mezclan, son como a esa parte se le antoja; no como sean en realidad. Nadie quiere escuchar las razones de los otros porque nunca han querido conocer ni siquiera su origen. Así, por ejemplo, los ideales teóricos del sionismo y el panarabismo nacieron casi a la vez entre 1880 y 1882. Luego tomaron su forma concreta hacia 1905. Después de la primera guerra mundial hubo varios contactos entre el doctor Weizman y el Emir Faysal, con el programa de que renaciesen las entidades árabes y judía, «dos naciones unidas por el parentesco y por lazos de continuas fechas».

Pero todas las esperanzas se fueron deshaciendo después de que en 1922 fue establecido el mandato británico. Porque desde entonces el viejo Oriente semítico pasó a ser sólo el «Middle East» de las pugnas entre grandes potencias. Después las luchas de «árabes contra judíos» fueron creciendo a compás de los intereses de dichas potencias; no a los intereses de los pueblos locales que se reorganizaban y aumentaban.

Hoy día casi todo lo que se exhibe sobre Israel y sus vecinos está impulsado por objetivos de propaganda. Unas veces se presenta a Israel como una maravillosa obra de idealistas y otras como una guarida de colonialistas feroces. Nada es del todo verdadero ni del todo falso. Pero cuando en el reciente 1969 se cumplía medio siglo de la primera instalación sionista oficial y veinte años desde el nacimiento de la república israelí, se hizo más indispensable que nunca disponer de una explicación completa y de la máxima buena fe posible. Esta es, sin duda, la del magnífico libro de Uri Avnery.

Políticamente, la figura de Uri Avnery viene destacando desde que en 1950 él y un grupo de amigos entusiastas tomaron como órgano de expresión un periódico titulado «Haolam Hazeh» («Este mundo»). Durante la guerra contra Egipto en 1956, Avnery y los suyos crearon un grupo de empeño pacifista,

llamado «Acción Semítica». Un año después publicaron el «Manifiesto Hebreo», programa en 126 puntos, por el cual se pedía la transformación de Palestina en una federación igualitaria árabo-hebra; federación que a su vez podría constituir el núcleo de una gran confederación que englobase todos los países y los pueblos del Cercano Oriente. En el «Manifiesto» también se pedía el retorno a sus tierras y hogares de todos los refugiados árabes desplazados.

Como el grupo y el «Manifiesto» provocaron la persecución por parte de Levi Shkol y demás gobernantes sionistas, los de la «Acción Semítica» consiguieron que Uri Avnery saliese elegido diputado en 1965. Desde entonces fue el único portavoz (constante y empeñado) de la lógica y paz, dentro de un Parlamento que tiene ciento veinte miembros. Ante ese Parlamento (la Knesset), el grupo de Avnery actúa con el nombre de partido de las «Fuerzas nuevas».

El libro de Avnery, publicado en París con el título de «Israel sans sionisme», fue escrito el año antes en lengua inglesa, titulado «Israel Without Zionists». El texto francés recoge lo esencial de la situación hasta última hora. Esta obra de Israel, sin sionismo o sin sionistas, no es un manifiesto político, ni tampoco un tratado de pacifismo sólo teórico. Es, en primer lugar, la sincera y apasionante autobiografía de un hombre público realista, que comenzó actuando entre los más decididos grupos combatientes armados de la «Irgún» cuando ésta luchaba contra el mandato británico. Entonces Avnery sólo tenía quince años de edad.

Ocho años más tarde fue evidente que el mandato británico comenzaba a desmoronarse y que en Palestina sólo quedarían los árabes con los judíos. Avnery creó un grupo de jóvenes convencidos de que en Palestina iba a nacer (mejor dicho, había nacido ya de hecho) una nueva nación. Era una nación enclavada en el Cercano Oriente y que, por tanto, pertenecía a él. Una vez libre de la ocupación británica debería ayudar a las otras naciones de aquella región para que se librasen de las influencias imperialistas y colonialistas. Por tanto, los guerrilleros hebreos que habían luchado contra la presencia inglesa deberían pedir que la organización sionista formase un frente común con los árabes, para unificar lo que ellos llamaban «Esta región semítica» (*Ha Merjav Shemi*).

Ninguno de los dirigentes del sionismo hizo entonces caso a aquel programa. La creación del Estado de Israel el 14 de mayo de 1948 se hizo en contra de todos los pueblos árabes locales; y luego vino la primera guerra. En ella Uri Avnery, cumpliendo sus deberes militares, tomó parte activa en el frente del Sinaí, y formó parte del grupo que recibió el título honorífico de «Zorros de Sansón». En una batalla donde del lado egipcio tomó parte Gamal Abdel Nasser.

Al terminar la guerra, Avnery quedó sobre todo preocupado porque mientras los jóvenes decididos se batían en los combates, la armazón gubernamental y administrativa con la que nació el Estado de Israel se componía de oligarquías de partidos, con intereses egoístas y funcionarios anquilosados. Entonces los excombatientes de mejor buena fe pensaron «hacer algo».

Fue lo que desde 1950 hasta 1957 estuvieron pidiendo y propagando los artículos de «Haolam Hazeh». Era un semanario detestado por el Gobierno, pero indispensable para quien quisiera saber lo que pasaba dentro del país. El periódico luchaba por la separación de la Sinagoga y el Estado; denunciaba la corrupción oficial; reclamaba la concesión de derechos cívicos para todos los ciudadanos (incluso los árabes). Reclamaba la implantación de una Constitución (que aún no existe), y que ésta fuese igualitaria, sin distinción de orígenes ni religiones. Y, sobre todo, el periódico estaba en la vanguardia del esfuerzo por la paz.

De pronto surgió la guerra desastrosa de junio de 1967; guerra en que Israel conquistó territorios, pero en que todos los beligerantes quedaron en situaciones de vencidos. El mismo Ben Gurión (duro extremista y anti-árabe)

## RECENSIONES

dijo aquella frase: «Ganaremos todas las guerras menos la última». Era la confesión instintiva de que sin los árabes no había nada que hacer en definitiva. Los de las «Fuerzas nuevas» adoptaron entonces un programa de razón, sin prejuicios. Fue el llamado «Plan de paz», que Avnery presentó ante la Kuesset en marzo de 1968.

El texto de aquel plan no consiguió imponerse, aunque muchos diputados de la izquierda, el centro y los grupos moderados estuviesen en el fondo de acuerdo con él. También recogió importantes adhesiones entre grupos juveniles y jefes de las fuerzas armadas. Pero la coalición gubernamental, llamada «Partido del Trabajo israelí», unida con el Mapan y Ben Gurión, formaba un bloque demasiado violento y pesado. De todos modos, el referido «Plan de paz» de marzo de 1968 quedó como única fórmula de solución lógica; y el libro parisiense de Uri Avnery reproduce dicho plan entero desde su página 245.

Allí se designa a toda la Palestina geográfica natural como «el país» y se dice: «El país en su totalidad es la nación hebraica y la nación palestina. La unidad de este país es espiritual, política y estratégicamente indispensable a todos sus habitantes. Sólo puede ser realizada gracias a un acuerdo entre los dos pueblos que viven en ella y de los cuales cada uno tiene derecho a su independencia. Pueden coexistir dos Estados (y dos territorios) unidos por lazos económicos, políticos y estratégicos. La ciudad unificada de Jerusalén sería la capital de los dos Estados y la sede de sus instituciones comunes. El pueblo de la actual Transjordania podría unirse al pacto. Todos los palestineses refugiados o emigrados forzosos podrían retornar a sus puntos de origen...» Y así sucesivamente.

Un rasgo muy característico de los grupos orientados por Avnery es que se niegan a decir que los «judíos» de Palestina se llamen otra cosa que «hebreos» y se hable sólo del «pueblo hebreo» (pues la palabra judío la emplean para las personas de esta religión que viven en otros países). También consideran que las frases «Oriente Medio», «Próximo Oriente», etc., son despectivas; y por eso ellos sólo llaman «la región» a todo lo que se incluye desde el Mediterráneo hasta más allá de Persia.

Al final, y como resultado de los datos sobre los hechos, las personas y las teorías, las conclusiones del epílogo de «Israel sin sionismo» se refieren a que sea suprimido el concepto de que puedan meterse en Palestina los judíos del mundo entero, pues a la vez harían presión los cien millones de árabes. Lo racional es que el país quede habitado, pacificado y arreglado para quien allí ha nacido y para sus hijos. Hay en Avnery cierto pesimismo sobre la posible próxima realización de su programa realista. Pero, en todo caso, sería el único camino de una Palestina estable.

RODOLFO GIL BENUMEYA

ENRIQUE LARROQUE: *Estrategia y política (España, ante la nueva civilización)*.  
Revista de Occidente. Madrid, 1969, 323 págs.

El origen de este libro, según confesión propia del autor, hay que ubicarlo en París. Esto es muy importante, puesto que, efectivamente, la capital de la nación francesa ha vuelto a ser el centro de la política y la diplomacia internacional. Son estas páginas algo así como el resumen de las experiencias vividas por Larroque, es decir, la síntesis de todo lo que se alcanza a ver—social, económica y políticamente—desde esa sugestiva y encantadora ciudad de los poetas y de los enamorados. No cabe duda de que las ciudades—ciertas ciudades—aceleran, en no pocas ocasiones, el corazón de los sociólogos, de los eco-

nomistas y de los políticos. París, en efecto, permite contemplar con mayor autenticidad y claridad que cualquier otra urbe los afanes, los desvelos y sacrificios del hombre contemporáneo. Nos indica Larroque que estas páginas fueron escritas desde el otoño de 1964 al verano de 1966. Ciertamente, pensamos, también en las páginas de su libro se deja sentir la influencia del otoño y del estío de París. Queremos decir que el pensamiento del autor fluctúa entre el pesimismo y el optimismo.

A cualquier observador político, por modesto que sea, no se le ocultará el hecho de que, lo queramos o no, vivimos una etapa de intensísima transformación en la que han perdido vigencia los esquemas ideológicos del pasado inmediato y los intentos de neutralización política que realizan los tecnócratas. El hombre quiere seguir siendo, por encima de todo, un animal político que huye de cualquier solución prefabricada para solventar los problemas de su destino. El hombre, mejor aún, los pueblos, sienten cierta atracción morbosa por lo inestable. De aquí que, en el campo de la política activa, los progresos científicos no hayan supuesto avance alguno. Junto a los pueblos de nivel superior siguen coexistiendo pueblos que mantienen una dramática lucha con la miseria. Nada tiene de extraño que el autor de estas páginas subraye que, en efecto, *la igualdad internacional es un mito*.

El marco de las relaciones internacionales no puede ser, hoy por hoy, más catastrófico. Las grandes figuras de la política no encuentran la estrategia adecuada para solucionar, en lo posible, esas revoluciones en cadena que se vienen—desde hace años—produciendo—Corea, Cuba, la República Dominicana, el Congo, Vietnam y el Próximo Oriente—. En opinión del doctor Larroque, nadie, con un mínimo de posibilidades de éxito, se atrevería a definir y a exponer los trazos más acusados de la situación internacional actual. El tema es complejo—escribe—porque debe deslindarse la posición de las grandes potencias, su interrelación con el Tercer Mundo y su encuadre en la revolución técnica, social e ideológica de la nueva civilización que ya comienza a despuntar. En todo caso, la dirección de la futura política internacional estará en las manos de los Estados Unidos, que, sin duda, cuenta con enormes posibilidades de una próxima y aplastante hegemonía mundial. Esto, sin embargo, no quiere decir nada puesto que, como prueba la evolución de la Historia, la sociedad internacional está sometida, como cada sociedad nacional o grupo social, a un permanente proceso dinámico de estructuración y reestructuración. Nada es definitivo: el poder consolidado en cualquier fase de la Historia—pone especial énfasis el autor en esta idea—lleva consigo implícitamente elementos internos y externos de cambio.

La hegemonía política norteamericana se debe a su inmenso poder económico. Lo que prueba, según piensa el autor, que la Ciencia Política del futuro tendrá su raíz más honda en el campo de las meras especulaciones socio-económicas. En Estados Unidos—se apresura a exponer el doctor Larroque—, el desarrollo económico es el resultado de una mentalidad nacional que se traduce sustancialmente en el pluralismo y la floración de la iniciativa privada. Lo que el Gobierno Federal hace es respetar la pauta que dan los economistas y empresarios, polarizando su acción en tareas complementarias que son de un interés vital: obstaculizar las prácticas que atentan a la libertad comercial, a la expansión de la industria, a la movilidad del empleo; orientar a la nación con una información de primer orden, un excelente mecanismo estadístico, análisis objetivos de la coyuntura, previsiones a corto y medio plazo, y directrices en forma de presión moral o coacción indirecta, no directa; estimular la redistribución y el progreso con el instrumento fiscal, las inversiones en la investigación y los servicios públicos.

Ahora bien, piensa el doctor Larroque—a nuestro parecer una de las tesis más sugestivas del libro—, lo que, en definitiva, subsiste de los Estados no es

## RECENSIONES

la suma de poder o riqueza, que se dispersa y destruye, sino la grandeza moral a que llegan, las ideas y los conocimientos que aportan. Fundamentar, por consiguiente, la vida social en una filosofía del bienestar es, pues, un síntoma de decadencia; inspirarla en el resentimiento y el puro ansia de revanchismo no es otra forma u otro método, sino, por el contrario, barbarie e impotencia creadora. Tales son los dos principales factores que minan la sociedad escindida por la lucha económica y la falta de ideales: la adoración del bienestar y la expansión de los resentimientos. Es el tributo de una etapa de tránsito y vacilación, en medio de la cual, para preparar el futuro con el instrumento de las nuevas técnicas y la experiencia de las convulsiones que han sacudido a la Humanidad, tenemos necesidad de reflexionar en la extraña y a menudo contradictoria trama que componen la revolución científica, la nueva industrialización, la explosión demográfica, la transformación de la vida colectiva y la exigencia general de innovación. No quiere decir cuanto antecede que el tema del hombre—con sus cualidades y contrastes—no ha de contar en los futuros programas de planificación económica de las naciones. Precisamente—señala el doctor Larroque—los tecnócratas, por ejemplo, han pretendido formular planes de desarrollo en los que se enfoca la cuestión social con módulos asépticos; así encuentran inmediatamente obstáculos insalvables y acaban provocando, por su estrechez de miras, el desequilibrio económico y social. Los mencionados planes están tarados desde su raíz. Intentan servir al hombre, pero atacan el tema del hombre bajo el prisma limitado de la economía.

¿Pueden los tecnócratas dirigir los destinos políticos de una nación? He aquí, desde luego, una interrogante que sugiere todo un caudal de conclusiones. La pregunta, sin embargo, no es en modo alguno dramática para el autor de estas páginas y, en consecuencia, piensa que si los tecnócratas han accedido al mando en varios países es por una razón específica: la muerte de las ideologías que todavía regían hace escaso tiempo. Luego lo que ahora se impone es la necesidad de una ideología nueva, que termine el desequilibrio creado por la diferencia entre el progreso material y el estancamiento moral y político.

Efectivamente, según se nos dice en este libro, la Humanidad—y dentro de la misma los pueblos europeos—camina en pos de una nueva ideología que ofrezca cierta consistencia. Por eso mismo nadie se sorprende ya de que—el movimiento más poderoso que ha conocido Europa—*el socialismo* es en Occidente más una postura política sentimental que un conjunto programático sólido. Así, en forma vaga se limita a defender lo que es común a cualquier escuela humanista: la salvaguardia de las libertades y la negación de la riqueza como un fin en sí misma, supeditándola al bien común.

Tratando de llegar a una conclusión, dada la variedad temática de este extraordinario trabajo—en el que se aborda, como ya queda dicho, los grandes problemas políticos, sociales y económicos de la hora actual—, es preciso constatar que, en efecto, *nunca ha estado el hombre tan insatisfecho con sus instituciones y su vida colectiva como en estos momentos*. Hoy día vivimos bajo el signo del nerviosismo, que da al término de tensión social un alcance antes insospechado. Sin embargo, una de las características de nuestro tiempo es *la socialización*. La socialización representa, según el doctor Larroque, el fenómeno actual de revisión de las relaciones interhumanas. El autor nos recuerda que el Concilio Vaticano II ha dedicado no poca atención a este tema que, sin duda alguna, puede ser considerado como uno de los más destacados de nuestro tiempo.

Por último, en las páginas finales de la obra, el autor expone una breve meditación—meditación que justifica el subtítulo del libro—en torno de cómo y de qué forma, desde tierra española, se contemplan y sienten los problemas internacionales del momento presente. España, afirma, tiene grandes cosas que aportar a la configuración social del futuro. España no puede adoptar una postura

## RECENSIONES

pasiva dado que, efectivamente, ningún país debe hacer, desde ahora en adelante, del inmovilismo, su característica política y del hedonismo su filosofía de la vida, del recelo, la base de su conducta social. El doctor Larroque ha escrito un sugestivo libro que tendrá honda repercusión en los círculos políticos y sociales de muchos países de allende los mares. Su más entrañable cualidad, a nuestra modesta forma de ver, lo constituye la sinceridad con que ha sido meditado y la valentía con que, en no pocas ocasiones, el autor defiende sus tesis.

JOSÉ MARIA NIN DE CARDONA

TULIO HALPERIN DONGHI: *Historia contemporánea de América Latina*. Alianza Editorial, S. A. Madrid, 1969, 548 págs.

Tulio Halperin Donghi comienza por decir en las primeras líneas de su libro que esta obra (tanto por el panorama histórico general como por los modos de sintetizarlo), es un tema eminentemente problemático. La primera dificultad está en la unidad del objeto mismo, puesto que el exceso de las fragmentaciones y el alargamiento de las distancias entre los diferentes Estados y pueblos tiende a que predomine la sensación de la diversidad. Sin embargo, el autor de dicha obra (conocido como detenido y cuidadoso especialista) recomienda la cautela ante el aparente abigarramiento de las realidades hispano-luso-americanas (o como él escribe siempre: «de América Latina») Dice que la variedad no reside sólo en el espacio, sino en el tiempo histórico, y además en el tiempo móvil de las evoluciones actuales. Hablar de tantas «Américas latinas» como son las naciones que creó una partición casual, es en todo caso una facilidad verbal demasiado fácil.

La comunidad y simultaneidad de las condiciones y los objetivos de la evolución de todos y cada uno de los países del sector meridional americano, desde sus comienzos de enfoques coloniales hasta los estados agudos de la crisis de crecimiento en nuestros días, constituyen en la estructura iberoamericana una realidad compacta en lo vital, aunque parezca diversa en lo formal. Porque acaso esa diversidad formal sólo haya tenido su principal origen en las diferencias de la geografía física (no sólo fuera de la historia, sino hasta contra la historia). Así con las diferencias de bosques, desiertos, llanos y zonas rurales; o las de los excesivos alejamientos entre las diversas capitales de las múltiples naciones. Si, por otra parte, se trata de poner el principal acento en lo histórico, Tulio Halperin señala otro problema fundamental explicado así: «Es preciso admitir que, en cuanto a ciertos planos de la realidad social, la historia se mueve acaso más despacio aquí en América Latina; más despacio que en otras partes.» Quiere decirse que el exceso de los materiales episódicos mueve a que se suelen utilizar con preferencia y con exceso. Lo pintoresco desborda sobre lo racional, respecto a los hechos expuestos. El avance de los textos llega a ser excesivo y prepotente, porque los cronistas, los comentaristas políticos, los etnógrafos, los antropólogos sociales, etc., al ignorar la dimensión histórica y telúrica semicontinental de los problemas que les interesan, corren riesgos de no entenderlos casi nunca bien.

Hace falta descubrir que la historia es la ciencia de los rumbos saltando a través de los cambios. Algo así como lo que según la nomenclatura estructuralista moderna puede explicarse diciendo que en lo histórico hispanoamericano el eje de las simultaneidades va cruzando los accidentes de las sucesividades.

Tulio Halperin se empeña en demostrar que lo continuo de la evolución histórica general ha pasado y pasa sobre lo anecdótico colorido o monótono. A ese avance de una evolución intensamente determinada por los cambios de formas

de los desarrollos de las condiciones vitales se dedica el libro que el autor condensa y desenvuelve con bastante objetividad, aunque reconozca que es «una empresa difícil, orientada hacia un objeto problemático». Es una exposición que procura no olvidar las realidades que se presentan inmóviles en la perspectiva de los siglos; pero a la vez considerando que la historia es el examen de los que en los marcos vitales se transforma y a la vez los transforma.

La garantía de unidad en el devenir de la parte americana central y meridional, a la vez que su mayor rasgo histórico respecto a lo mundial, lo encuentra el profesor Halperin Donghi en volver a plantearlo todo desde el principio de las formas de la situación colonial, según normas europeas que entonces fueron adoptadas y practicadas a través de la Corona española. El período de organización que siguió a los descubrimientos, así como el posterior período virreinal, llenaron la época formativa de los territorios de los virreinos, provocando el funcionamiento de un sistema económico-social cuyo agotamiento fue a la vez el punto de partida de la emancipación.

Posteriormente es de señalar el hecho de que la emancipación de la Corona española no significase la independencia buscada, sino el paso a las duras formas de servidumbre de un supuesto «orden neocolonial» más duro por más técnico y menos humano. Tulio Halperin Donghi (que actualmente enseña en la Universidad de Harvard) subraya claramente «la trágica suerte de un continente», donde la independencia del sistema español y portugués fue pronto anulada en la práctica por la política expansionista de Inglaterra y los Estados Unidos.

Por otra parte, y en el orden interno, es indudable que la referida «nueva Latinoamérica» ha estado más dominada que antes de la Independencia por los señores de la tierra y las oligarquías latifundistas. Si la América inicial formada por la Corona de Castilla actuó en virtud de un primer pacto colonial que incluía obligaciones legales y morales, el segundo pacto colonial de las primeras jerarquías criollas y sus protectores anglosajones hizo crisis por ser sólo utilitario. Después han venido las búsquedas y los fracasos de nuevas soluciones de equilibrio; y al fin las tensiones de la hora actual, que por otra parte confluyen con otros conflictos planteados a escala planetaria.

En el orden por etapas y capítulos del libro de Halperin Donghi, los principales apartados son los siguientes: El legado colonial; la crisis de la independencia; una larga espera; surgimiento del orden neocolonial; madurez del orden neocolonial; búsqueda de un nuevo equilibrio; deterioro actual y acentuación de los desequilibrios. Además una selecta información bibliográfica.

Dentro de esta perspectiva se procura suprimir los cuadros (demasiado rápidos) que tratan de explicarlo todo, acumulando fechas y nombres. No se trata de conocer mucho, tanto como de comprender lo mejor posible. Así el libro no se propone ser un comentario enfocado sobre todo hacia la actualidad; pero no olvida los antecedentes que para las incógnitas de hoy ofrecen los avances sacudidos y atormentados del pasado.

La etapa más moderna que se define como crisis del orden neocolonial es la que comenzó (en el hemisferio occidental americano) el año 1929 y sus inmediatas prolongaciones. La gran crisis política, económica y social de la primera prosperidad estadounidense causó efectos directos en todos y cada uno de los países calificados como «latinoamericanos». Mucho más que la primera guerra mundial, la depresión norteamericana reveló la fragilidad de un orden mundial al que aquellos países habían buscado afanosamente incorporarse. La crisis pasó; pero el mundo imaginado por los grupos dirigentes «latinoamericanos» ya no volvió a ser el mismo.

Entre 1930 y 1960 hubo la búsqueda de un nuevo equilibrio para los países americanos meridionales, en los cuales la economía gobernó toda la evolución política y social en los años posteriores a la crisis. Los episodios europeos de

la guerra civil de España y la segunda guerra mundial influyeron en la evolución de las nuevas izquierdas «latinoamericanas». Luego el sistema de anterior cooperación interamericana se vio transformado en un instrumento de acción de los Estados Unidos.

Hacia 1960 se manifestaron los signos de fatiga de las soluciones inauguradas bajo los estímulos sucesivos de la crisis y la guerra. Toda «América Latina» se encaminó hacia un nuevo período de confrontaciones entre alineamientos políticos que, por primera vez, han quedado casi enteramente vinculados con la acrecida tensión entre los grupos y las masas de la producción y el consumo, sobre todo gracias al régimen de Cuba, que ha sido un factor de aceleramiento, no de motivación.

En lo político internacional, toda la evolución hispanoamericana muestra en el libro de Tulio Halperin un rumbo nuevo y a la vez básico; es decir, «el descubrimiento de que existe un Tercer Mundo y que América Latina forma parte de él». Las descolonizaciones de Asia y Africa han hecho que el semicontinente americano-hispano no sea ya la única área periférica que goce de independencias más formales que reales. Países como Egipto, la India y algunos de las zonas africano-tropicales ponen en primer plano situaciones muy parecidas a las que desde más de un siglo constituían la problemática doméstica casi privada de América de lenguas española y portuguesa. Y aunque si los problemas son los mismos las soluciones parecen diferentes, hay un factor unificador en tendencias generales como las interpretaciones del neocolonialismo, el neoimperialismo, la no alineación, etc.

De todos modos, las deducciones finales del referido libro se refieren a que lo grave de los dilemas planteados hoy han servido para que el conjunto de los países, los pueblos y los problemas del semicontinente americano hispano ganen por fin una atención alerta y preferente que el resto del mundo les venía debiendo.

RODOLFO GIL BENUMEYA

ALEXIS DE TOCQUEVILLE: *La democracia en América*. Editorial Guadarrama. Madrid, 1969, 389 págs.

A las páginas de *La Democracia en América* le debe Alexis de Tocqueville su inmarchitable gloria y, sobre todo, el haber sido considerado como uno de los pensadores políticos más destacados del pasado siglo. Se ha dicho, además, que *La Democracia en América* es la primera obra filosófico-política que se ha escrito en torno de la democracia. Por otra parte, como es sabido, el autor no se propuso nunca escribir un tratado sobre aquellas personas e instituciones que contemplaba con sus propios ojos, sino, por el contrario, un libro que abarcase —no podemos ignorar lo ambicioso de su proyecto— pasado, presente y futuro de esas mismas personas e instituciones. A esto, efectivamente, se debe el que al cabo de tanto tiempo transcurrido muchos políticos, muchos sociólogos y muchos juristas sigan acercándose al contenido doctrinal de estas páginas que, justamente, conservan una permanente juventud.

El análisis sociológico de Tocqueville, subraya uno de sus más agudos comentaristas, no revela solamente nuestro pasado; penetra igualmente en el porvenir y describe nuestro presente. La sociedad nueva está en todas partes, a nuestro alrededor: una multitud de individuos iguales y parecidos trabajan para procurarse satisfacciones mezquinas y vulgares. Por encima de esos hombres se alza un monstruoso poder tutelar que «provee a su seguridad, prevé y asegura sus necesidades, facilita sus recreos, conduce sus principales asuntos,



## RECENSIONES

dirige su industria, regula sus sucesiones, divide sus herencias, que no puede suprimirles totalmente el malestar de penar y la pena de vivir». Leyendo las páginas de Tocqueville podemos llegar, entre otras, a la siguiente conclusión: mientras el marxismo nos ha predicado la muerte lenta del Estado, una de las utopías más peligrosas y más falaces que se hayan podido inventar, *La Democracia en América*, para volver a ella, nos proporciona una descripción precisa de la sustancia misma del Estado moderno, tal y como nos rodea por todas partes. En todo caso, según afirmó el propio Tocqueville, *una sociedad basada en la igualdad no es necesariamente una sociedad libre*.

A pesar del inmenso éxito de las páginas que comentamos resulta increíble que Alexis de Tocqueville, cuyo puesto en la Historia de la Ciencia Política nadie se atrevería a escamotearle, ha sido un pensador solitario, sin continuadores, sin escuela. El abrió un camino que nadie ha querido seguir y esto prueba, como ha dicho un gran escritor de nuestro tiempo, que *solamente las ideas secundarias o no esenciales se expanden*.

Por consiguiente, según Mayer—sagaz conocedor del pensamiento de Tocqueville—, como todos los grandes sociólogos, desde Montesquieu a Max Weber, Tocqueville ha ensanchado y profundizado la comprensión del mundo social por medio de un estudio comparado del mundo no europeo. Veamos, pues, lo que Alexis de Tocqueville pudo apreciar durante su peregrinar por tierras americanas.

A su llegada a América se dio cuenta de que, quiérase o no, los diversos incidentes de la vida de los pueblos se producen en provecho de la democracia. Por la democracia lucha siempre el hombre. Todos los hombres, afirma con cierto rigor en las páginas que comentamos, la han ayudado con sus esfuerzos: los que tenían como meta contribuir a sus éxitos y los que no pensaban en servirla; los que han combatido por ella y hasta aquellos que se declararon enemigos suyos; todos han sido empujados, mezclados, por el mismo camino, y todos han trabajado en común, algunos a su pesar, otros a su placer, ciegos instrumentos en las manos de Dios.

Tocqueville señala que, efectivamente, si largas observaciones y meditaciones sinceras condujesen a los hombres de nuestros días a reconocer que el desarrollo gradual y progresivo de la igualdad es, a la vez, el pasado y el porvenir de su historia, este solo descubrimiento daría a ese desarrollo el carácter sagrado de la voluntad del soberano señor. Querer detener a la democracia parecería entonces luchar contra Dios mismo, y no les quedaría a las naciones más remedio que acomodarse al estado social que les impone la Providencia.

Por eso mismo, nos indica Tocqueville en otro lugar de su obra, nunca los Jefes de Estado han pensado en preparar nada de antemano para ella; se ha hecho a pesar de ello, o con su consentimiento. Las clases más poderosas, las más inteligentes y las más morales de la nación no han intentado en absoluto apoderarse de ella con el fin de dirigirla. La democracia, pues, ha sido abandonada a sus instintos salvajes; ha crecido como esos niños privados de los cuidados paternales, que se educan por sí mismos en las calles de nuestras ciudades y que no conocen de la sociedad más que sus vicios y sus miserias.

Conviene recordar, ya que de esta forma comprenderemos mucho mejor la mayor parte de los postulados que sostiene Tocqueville, que cuando se da a la imprenta el manuscrito de estas páginas Europa vive en una total crisis de valores espirituales. Es cierto que en el siglo XIX se consiguen grandes cosas, pero, en el fondo, son conquistas violentas; es decir, no naturales. Por eso mismo, como el autor nos dice en estas páginas—páginas escritas en pleno corazón del siglo XIX—, «la división de las fortunas ha disminuido la distancia que separaba al pobre del rico; pero, al aproximarse, parecen haber encontrado nuevas razones para odiarse, y lanzando uno sobre otro miradas llenas de terror y de envidia, se expulsan mutuamente del Poder; para unos y otros, la idea

## RECENSTONES

de los derechos no existe en absoluto, y la fuerza les parece, a los dos, la única razón del presente y la única garantía del porvenir».

Tocqueville, en todo caso, se dejó fascinar por el orden y progreso existente en las tierras americanas y no se cansó de repetir que el imperio de la democracia no había sido fruto de una revolución violenta, sino de algo que se había alcanzado en razón de sus límites naturales, es decir, consecuencia de una operación extremadamente sencilla y fácil, a saber: los emigrantes que fueron a instalarse en América a principios del siglo XVIII desprendieron, en cierta manera, el principio de la democracia de todos aquellos contra los que luchaba en el seno de las viejas sociedades de Europa, y lo trasplantaron sólo a las orillas del Nuevo Mundo. Allí pudo crecer en libertad y, avanzando con las costumbres, desarrollarse apaciblemente en las leyes.

*La Democracia en América* es, en todo caso, uno de los libros políticos más pausadamente escritos—no obstante su voluminosidad—, con más recta intención y, desde luego, con plena ilusión. La ilusión de llegar al conocimiento profundo de los cimientos de un pueblo que marchaba—y camina desde entonces— a una superación constante en todos los terrenos del hacer humano. Tocqueville eligió como primer objeto de su análisis al *estado social de los anglo-americanos*. La razón de su preferencia se apresura a justificarla desde las primeras líneas de su obra: el estado social es ordinariamente—escribió—el producto de un hecho, a veces de las leyes, lo más a menudo de las dos causas reunidas; pero una vez que existe, se le puede considerar a él mismo como la causa primera de la mayor parte de las leyes, de las costumbres y de las ideas que regulan la conducta de las naciones; lo que no produce, lo modifica. Para conocer, en efecto, *la legislación y las costumbres de un pueblo hay que comenzar, pues, por estudiar su estado social*.

La perfección del estado social de los angloamericanos que, como es sabido, tanto y tan profundamente cautivaron la atención de Tocqueville, tenía una sola, aunque excepcional causa, a saber: *el imperio de la igualdad*. Es imposible, afirmaba el eminente político, comprender que la igualdad no termine por penetrar en el mundo político, igual que en todas partes. No se podría concebir a los hombres eternamente desiguales entre sí en un solo punto, iguales en los demás; llegarán, pues, en un tiempo dado, a serlo en todos. Por eso mismo, en estas páginas afirma Tocqueville—afirmación con la que podemos poner punto final a este apresurado comentario sobre su obra máxima—, que sólo existen dos maneras de hacer reinar la igualdad en el mundo político: hay que conceder derechos a cada ciudadano, o no dárselos a nadie.

JOSÉ MARIA NIN DE CARDONA

HENRI BRUGMANS: *Vingt ans d'Europe. Témoignages 1946-1966*. Edit. por el Colegio de Europa. Brujas, 1966, 362 págs.

He aquí la obra de un federalista europeo ferviente, de un europeísta convencido, Henri Brugmans—varios de cuyos discursos y artículos sobre la cuestión europea aparecen reunidos en esta obra con ocasión de su sexagésimo aniversario—aborda decidida y valientemente el tema de la unidad de Europa desde su perspectiva más profunda, la federal. Esta profesión de fe europea expresada en su mayor pureza, justifica por sí sola el interés de la obra. Pero es que, además, el hecho mismo de representar dichos discursos y artículos, en su variedad cronológica, distintas interpretaciones—distintas reacciones mentales—a situaciones distintas del «proceso europeo», confiere a lo escrito una nueva dimensión, una dimensión en la que se captan las constantes a través

del cambio. La historia de la unidad europea se hace así, en gracia a la propia progresión, la historia de una tendencia continuada, tejida a base de los comentarios «d'un Européen qui s'est sans doute souvent trompé, mais ne s'est jamais résigné à l'inaction» (pág. 8); historia que, por otra parte, nos sitúa a las puertas de la crisis comunitaria de 1965-1966 o «crisis de la silla vacía».

Las seis partes del libro que comentamos se corresponden con otras tantas coyunturas o ángulos—«tournants»—de lo europeo en su marcha incesante hacia la unión.

La primera parte—«L'espoir d'une Europe intégrale»—describe un federalismo primitivo o «federalismo de la angustia», en que la Resistencia ha de volverse hacia lo federal mirando aún de soslayo a Alemania y a la recién estrenada—y todavía incierta—paz: el objetivo era entonces aún más político que tecnológico; hacer Europa desde Europa, transformar «cette Europe balkanisée, source de tant de conflits, en une grande Helvétie pacifiée et pacificatrice» (pág. 14); una Europa de cara al nuevo dualismo a punto de cuajar. Para tal Europa era ya el federalismo la única posibilidad de dar vida a una deseable sociedad pluralista, en su calidad de *tertia via* entre la centralización y la anarquía.

En la segunda parte—«Le partage des eaux»—, que considera la etapa que arranca de 1947 (cuando la dualidad Este-Oeste se clarifica a propósito del Plan Marshall), se observa cómo se va precisando el contenido de la idea federalista y hasta qué punto las nuevas fuerzas—el sindicalismo libre, el parlamentarismo—subvienen a dicha idea. Una perplejidad inusitada aparece, sin embargo, en el centro del proceso: ¿Federalismo «integral»—desde el pueblo—o federalismo sólo «político»—desde la acción pública—? En lo que no cabe duda es en dos cosas: un nuevo orden, el orden de una «cité nouvelle», debe venir a imponerse frente a la versión antieuropea—la rusa—del socialismo; la economía es, en el proceso unificador, la antesala cierta de lo político.

La tercera parte—«Les premières réalisations officielles: élan, échecs»—la dedica el autor a una etapa crítica: la de los primeros intentos—O.E.C.E., C.E.—y los primeros fracasos—*impasse* del C. E. en 1950 por diversas causas: devaluación de la libra, retirada de consultas a la Asamblea Consultiva, retención de las decisiones últimas por los ministros en comité o en consejo...—junto a nuevas iniciativas y, por ende, esperanzas—Plan Schuman, Proyecto Plevén—, para llegar a 1952, «el año de oro» (Dehousse), rico en perspectivas sobre el optimismo bien fundado de la C. E. C. A. Dos nuevos puntos de discusión surgen a la par: el de una posible Constituyente europea y el de unos futuros y bien definidos poderes federales europeos.

Con ello se entra en un nuevo ángulo o «tournant», especialmente significativo por lo crítico: 1954, fracaso de la C. E. D. En esta cuarta parte—«Années d'incertitude: la remontée»—queda bien patente la fe europeísta de Brugmans, que, pese a la regresión situacional, prosigue y aun extiende su labor intelectual en varias direcciones: perspectivas inmediatas de acción y de progreso europeos desde la idea de una Comunidad económica general, técnica, táctica a seguir respecto de las previsiones—Pacto federal o Constituyente soberana, reformismo o revolución, presión sobre las autoridades oficiales o movilización del «pueblo europeo»...—, etc. La posición del autor se centra en esta etapa crítica en varias actitudes o intenciones: aversión decidida hacia el comunismo, inclinación a la alianza atlántica, acercamiento al coloso americano... Años aquellos de incertidumbre, pero también de búsqueda, en que Europa, por el Tratado de Roma, parece volver a subir la cuesta de la unión.

Por aquel entonces hacía notar Brugmans que no basta con «mirar madurar» la Europa futura: el problema europeo se sitúa esencialmente en el plano político, es institucional. Dentro de este planteamiento, la disyuntiva *Pacto federal-Constituyente* queda resuelta en el autor a favor del primero, a través

de la acción oficial, es decir, de actos políticos por los cuales las naciones constituidas deciden realizar «en toute autonomie» (pág. 157) lo que la evolución les impone (v. «Le Pacte fédéral», págs. 151 y sigs.). La base de la «pre-ocupación» unificadora es justo situarla, por lo demás, en el plano socio-económico: en un cuadro económicamente coherente, si bien descentralizado. Por fin, la intención federal depende de varias condiciones: reconciliación de Alemania con Europa, reciprocidad de todo contrato federal, federalismo integral—no federalismo a medias—, descentralización interna como condición de la unidad continental... (v. «Le fédéralisme et l'Europe», págs. 185 y sigs.).

Otra fecha crucial es 1958, que abre una nueva etapa bajo dos signos: la puesta en función del M. C. y el advenimiento de la V República con De Gaulle. A esta parte—«Entre le nationalisme et la technocratie»—pertenecen los artículos de Brugmans que expresan con más nitidez la crítica a las orientaciones desviadas del europeísmo. En dicha etapa abierta en 1958, si bien se avanzó en lo económico, no se produjo progreso político sensible en el sentido de la unión. El autor se muestra especialmente crítico respecto de la concepción europeísta de De Gaulle sobre la base de una «Confederación» europea a modo de «entente cordial y permanentes», fundada en las soberanías nacionales, pero institucionalizada: no convence a Brugmans este difícil equilibrio sin *elemento federal* (o siquiera *supranacional*), esta «Europa de los Estados» (v. «The european policy of President De Gaulle», págs. 227 y sigs.). Para Brugmans el período en el que esta concepción se asienta viene a caracterizarse por una declinación de la inspiración europea y de la solidaridad atlántica y por la aparición de un «neo-nacionalismo» peculiar.

Por fin, los siete artículos que integran la sexta parte—«Magna Europa»—no siguen el orden cronológico general, sino que aparecen integrados en función de un objeto: definir la posición de Europa y su posible papel en el mundo. No debe orientarse, para Brugmans, la vocación europea en otro sentido que en el de romper con su pujanza la onerosa bipolaridad postbélica. La tesis contenida en esta parte final es que la unión europea constituirá un nuevo «grande» en el mundo que no podrá quedar «neutral»—«...il faut affirmer notre présence, à côté de celle des Américains et des communistes» (pág. 271)—: tal contenido de la acción europea es consustancial a la deseable política global de la Federación europea, que, por otra parte, ha de estar condicionada por ciertos factores: la adhesión británica, la gradual «descolonización» del Este, la *entente* con un África independiente y consolidada...

El colofón de la otra—«Vingt ans après: les constantes»—es la constatación de un hilo conductor que une cada momento de esos cuatro lustros europeos: a través del cambio, de la incesante alteración de los motivos—federalismo «de la angustia», federalismo «del ideal», federalismo «funcional»...—, perduran unas *constantes*:

1. No es realista hablar de una Europa Unida sin aceptar la creación de una *autoridad superior a los poderes nacionales*.
2. Sería vano «construir» un Estado federal europeo que no encontrara su razón de ser en una *sociedad europea organizada*.
3. La organización regional de la Europa Unida debe presentarse a su vez como un *ensanchamiento de la base democrática*, en contrapartida del poder federal europeo indispensable.

Si casi siempre los logros más costosos fueron «lanzados»—proyectados—por las necesidades, habrá que pensarlas unas cuantas veces antes de tachar de utópico el conjunto de escritos europeos de ese europeísta convencido—Presidente del Comité Federal de la Acción Europea Federalista, Rector del Colegio de Europa...—que es Henri Brugmans.

MANUEL PEREZ GONZALEZ

## RECENSIONES

JOSÉ MARÍA GIRONELLA: *En Asia se muere bajo las estrellas*. Barcelona, Plaza & Janés, S. A., 1968 (quinta edición), 438 págs.

Con el anuncio del inicio de una nueva década, afloran las estimaciones sobre los futuros rumbos internacionales y, parejamente, las incertidumbres. Y, en la línea de valoración de los años 1970-1980, Raymond Cartier acaba de afirmar: «El orgullo y el racismo chinos han pasado a ser el mayor explosivo de nuestro tiempo.» Ahora bien: los hay también que piensan en otra dirección: ante el juego de las fuerzas mundiales—Rusia y China mirándose una a otra, posibilidad de unos Estados Unidos replegados sobre sí mismos etc.—las mayores amenazas podrían nacer precisamente—con campo libre, etc.—del Japón. Esta es una perspectiva planteada—recientemente, asimismo—por Marc Ullman.

Es decir, desde un ángulo o de otro, nos encontramos—inexorablemente—con la acuciante presencia de la inmensa problemática asiática.

Pues bien; una clara manifestación de la importancia de tal cúmulo de circunstancias asiáticas la constituye el reciente libro de Gironella, que tracemos a comentario a esta Sección.

Por lo pronto, tenemos que el autor ha mostrado un claro interés por la existencia de las gentes asiáticas, y de un modo continuado: toda una preocupación hacia Asia. Efectivamente, tras haber realizado un primer viaje a Oriente—recorriendo Ceilán y parte de la India—, un segundo—en el que visitaba el Japón—, el autor llevaba a cabo un tercer viaje—por Tailandia, Vietnam, Formosa, Filipinas, Hong-Kong, Macao, Camboya y, otra vez, la India—.

Pues bien; el primer país estudiado en el libro fruto de ese tercer viaje es Tailandia (págs. 26-55). De él se dice que, en general, su nivel de vida es uno de los más elevados de Asia («un mínimo vital apreciable») y su moneda una de las más estables. Situación atribuida a causas como: *a*) la unidad religiosa del país; *b*) la «conseguida unidad política»; *c*) el conservadurismo de sus economistas; *d*) el cuidado—«con mimo» (aunque sin modernizar los métodos)—de la agricultura, la riqueza fundamental de la nación, convertida en el cuarto Estado exportador del globo en cereales y en el primer exportador de arroz (1964). Punto a subrayar también en esta esfera es la contribución de la ayuda estadounidense a la prosperidad del país. Beneficio debido al hecho de constituir Tailandia una base ideal para los U. S. A. en su lucha en el Vietnam (cons. página. 28). Ahora bien; los beneficios producidos en Tailandia por el conflicto vietnamita no disipan el temor de los tailandeses conscientes de que el conflicto terminé por extenderse, implicando en él a su país (vista la peligrosa situación de Camboya y Laos) (cons. págs. 41). El autor entra, por supuesto, en otras realidades de Tailandia. Por ejemplo, se habla del paternalismo del Gobierno en el Poder (vid. págs. 28), se hace referencia a la discreción de la presencia norteamericana—«sin su característica soberbia»—(cons. págs. 29), se recoge la admiración de los tailandeses por los japoneses (no por los chinos, los estadounidenses o los alemanes) (cons. págs. 30), etc.

Cerca de sesenta páginas (págs. 59-115) se dedican al enfoque del trágico panorama del Vietnam. En tal labor, el autor ha palpado—visto y oído—la realidad del Vietnam, la ha vivido de cerca—paradojas de Saigón, llanto sin esperanza, etc.—, y ha contrastado muy varias opiniones. Resumiendo, la conclusión de J. M. Gironella en esta materia resulta declaradamente pesimista. Ello se percibe bien cuando describe el dramático conflicto vietnamita como un triángulo a base de los tres colosos del mundo contemporáneo—Estados Unidos, la

## RECENSIONES

U. R. S. S. y China—, en el cual hay: *a*) un enfrentamiento de dos ideologías (capitalismo y marxismo), y *b*) la responsabilidad de esas tres Potencias-cobros (vid. pág. 107). Aún más; se llega a considerar tal triángulo como un *triángulo golgótico*, con un crucificado (el pueblo vietnamita), un Poncio Pilato dubitativo e impotente para intervenir con eficacia (la O. N. U.), unos fariseos (los fabricantes de armas) y mujeres que lloran (vid. pág. 108).

Ahora bien; con todo, J. M. Gironella sostiene el carácter *indispensable* de la presencia estadounidense en el Vietnam. Con un fin: detener el alud maoísta en Asia. Todavía más: a juicio del autor, si Washington—cediendo a las presiones en cadena de que está siendo objeto—cediera y abandonase Vietnam y Formosa—calificados de «plataformas de contención» (pág. 112)—, todo el S. E. de Asia caería—en plazo más o menos largo—en manos de Mao Tse-tung.

A continuación se toca el tema de Formosa (págs. 119-178). Y uno de los aspectos más llamativos del país resulta su prosperidad actual, originada por múltiples causas: *a*) la ayuda de los Estados Unidos (importante, al principio; considerablemente disminuida en los últimos tiempos); *b*) la realización de una reforma agraria (con la conversión de un setenta por ciento de los campesinos en propietarios de sus tierras, parcelación de la tierra de un modo tan perfecto que algo semejante sólo se ve en Holanda y grandes obras hidráulicas), además de la enorme fertilidad de una tercera parte del territorio (dos cosechas anuales de arroz, etc.); *c*) la tenaz laboriosidad de los refugiados del Continente, etcétera. Aunque aquí—capítulo de la prosperidad—se imponga, como hace el autor, aludir a los primeros pasos dados con las reformas introducidas por el Japón, en el período 1895-1945 (sanidad, vías de comunicación, influencia en los métodos de trabajo, etc.).

La temática formosana conduce inevitablemente a la cuestión del futuro de China, de toda China. En tal contexto, se consigna el desprestigio del generalísimo Chiang Kai-shek, que en el Continente no fue capaz de llevar a buen término su tan cacareada revolución. Pero parejamente se subraya el desprestigio—en igual medida que Chiang Kai-shek—de Mao Tse-tung, con «su momento estelar», sí, pero con el precio «muy alzado» de su legendaria revolución (vid. pág. 175). En conclusión, el autor reflexiona sobre el hecho de que China viva una dramática etapa sin precedentes, una etapa fratricida con trazas de prolongarse, y a la que no se ve fin...

Por lo demás, Formosa es vista como «pieza clave fundamental» para detener el llamado «alud maoísta» (vid. pág. 178).

El siguiente apartado se consagra a las Filipinas (págs. 181-229), interpretada a base de perfiles actuales tan significativos como: *a*) la circunstancia de ser las islas una maravilla, desde el punto de vista de la Naturaleza; *b*) la existencia de un desnivel social clamando al cielo (sólo el uno por ciento de la población tiene un salario digno), etc. De otro tono son facetas como: *a*) la importancia de la labor de la colonización española—cristianización del país, a la vez que se hizo lo posible para lograr su unificación, durante tres siglos y medio—, pero de carácter incompleto; *b*) los resultados de la Administración estadounidense, que dejan mucho que desear, en el sentir del autor (especulación sobre los recursos interesantes para los U. S. A.; concentración de una parte de las energías americanas en suplantir el legado cultural español, etc.). Respecto al futuro, tres caminos, a juicio de J. M. Gironella: *a*) nacionalismo a ultranza (mal negocio); *b*) acercamiento al mundo específicamente oriental (operación difícil y larga); *c*) occidentalización progresiva (la solución más deseable; a condición de que los gobernantes filipinos revisen los Tratados con Washington, que persigan la autonomía «espiritual e intelectual» y que acierten con el tipo de socialización adecuado para acabar con las tre-

## RECENSIONES

mendas desigualdades sociales sin necesidad de apelar al derramamiento de sangre).

De Hong-Kong (págs. 233-290), empezamos por notar la «profunda impresión producida en el ánimo del autor: «encrucijada de Oriente» (pág. 238); «enclave sin par» (pág. 253); «un mundo fabuloso» (pág. 246)... Ahora bien; con una advertencia hecha por J. M. Gironella: la existencia de *muchos Hong-Kong*. Desde luego: el Hong-Kong oficial (el de la Administración británica: con la preocupación por mantener el orden, *por encima de todo*); el Hong-Kong de los turistas (llegados a la ciudad con ideas preconcebidas); el Hong-Kong de los chinos multimillonarios (en cantidad: en la Banca y en los grandes comercios); el Hong-Kong de los chinos modestos y laboriosos; el Hong-Kong de los chinos refugiados del Continente (malviviendo, etc.); el Hong-Kong de las actividades maoístas (un papel básico para el contacto con el mundo capitalista; como también Macao). Por supuesto, el autor nos habla de la sensación de riqueza febril de la arteria central, la *Connaught* (la *Wall Street* de Oriente). Pero, a la par, el autor presenta el «dramático Hong-Kong» (págs. 260-290). En resumen, nos encontramos con la posibilidad de pasar «en medio minuto de la riqueza más insultante a la miseria más dura».

De Macao (págs. 293-307) se registran: su encanto; la presencia de refugiados de la China comunista, en una situación cada día más difícil y humillante (con la creciente actividad de los maoístas y sus violentos métodos); su precaria posición (sin ayuda, en caso de definitiva invasión china), etc.

A continuación se pasa a la estimación de la situación de Camboya (páginas 311-378), colocada «en un vértice geográfico particularmente delicado» (página 314). Ante ello, lógico es entrar en el fino juego del príncipe Norodom Sihanouk, con su voluntad de ser neutral, su amor a su país y su optimismo... En suma, se nos descubre un país en avance, pero sometido a ciertas restricciones (sólo importación de lo más indispensable); un país no americanizado, pero con sus «pecados» y sus «secretos» (uno de ellos, los fumadores de opio); un país con sus contrastes sociales y «su» socialismo («socialismo patriarcal»: es decir, ajustado a la realidad objetiva del país). Todo ello junto a valoraciones como los peligros del poder personal (vid. pág. 376).

La parte final del volumen reseñado comprende el mundo de la miseria de la India (págs. 381-437), a través de una visión de Calcuta (ciudad considerada como la más dramática del mundo hindú). En la panorámica trazada por el autor asistimos al desfile del impresionante revoltijo de razas, de la suciedad, de la promiscuidad, de la enfermedad, de la indiferencia ante el dolor (propio y ajeno), de los omnipresentes cuervos (mucho mejor alimentados que las criaturas humanas), del espíritu de sumisión, de la lentitud hindú... En suma, una acumulación de elementos que conduce al occidental sensible al límite de la enfermedad (así sucedía al autor).

Concluyendo, diremos que el fondo de la obra comentada lo constituye el valor dado por su autor a la extensa zona asiática, en la cual se debate—en buena parte—el futuro inmediato del tipo de sociedad que nuestra época—día tras día—va configurando. «Casi podría augurarse que, a finales de este siglo, la tierra será un poco lo que en ese período Asia llegue a ser.» Sin embargo, hoy por hoy, Asia se ve por J. M. Gironella como «un Continente crucificado, aunque la madera de sus palos huelva a sándalo y aparezca pintada con vivos colores».

Ahora bien; en el libro recensado, al lado de las mencionadas líneas cumbre de la dinámica asiática, van—en veraz prosa, en prosa de diagnósti-

## RECENSIONES

co—otros hechos, circunstancias y evaluaciones. Por ejemplo, la simpatía del autor por el Papa Juan XXIII, manifestada al principio y al final de la obra (cons. págs. 23-24 y 438).

En fin, señalemos que el autor se esfuerza por evitar la emisión de juicios dogmáticos. Parejamente, no hay en este volumen aparato de erudición, balumba de documentos. Ahora bien; hay en él la autenticidad de pormenores vistos —y vistos con ojos españoles—. Aunque, en alguna ocasión, los datos estadísticos aportados no sean de última hora: vid., v. gr., pág. 30. Con la compensación, empero, del toque humano, humanísimo, de que, en ciertos momentos, la pluma del autor destile—a un tiempo—tinta y sangre, estupor y pasión...

LEANDRO RUBIO GARCIA

BERTRAND RUSSELL: *Crímenes de guerra en Vietnam*. Traducción de Manuel Aguilar. Editorial Aguilar. Madrid, 1968, 236 páginas.

Existen, como es sabido, ciertos libros sobre los que la crítica literaria observa el más estricto silencio. Uno de esos libros lo constituye la obra de Bertrand Russell *Crímenes de guerra en Vietnam*. Desde las primeras líneas de este comentario debemos poner de relieve que, efectivamente, no es una tarea fácil la redacción de la crítica de estas páginas. La labor se hace, además, mucho más ardua si pensamos que Bertrand Russell a pesar de su lúcida y gloriosa ancianidad, no controla—en no pocas ocasiones—el dominio de sí mismo y se lanza a un furioso ataque anti-americano realizando, como el lector puede suponer, las más graves y peligrosas acusaciones de índole político-social que a un pueblo se le pueden imputar.

Sirvan, pues, nuestras primeras palabras para tratar de disculpar, o al menos paliar en lo posible, el furibundo ataque del admirado Premio Nobel inglés. Bertrand Russell ama profundamente al hombre y una de las grandes constantes de su obra toda la ha constituido el respeto máximo por la dignidad humana. En cada hombre habita la posibilidad, ha dicho el ilustre pensador, de una magnífica elevación moral. Al hombre hay que educarle. Muy pocos filósofos se han ocupado de poner los cimientos del gran edificio pedagógico que el hombre de nuestro tiempo necesita. Para el autor del libro que comentamos no existe el problema—problema que atormentó las mentes de los teólogos, juristas y sociólogos de otros tiempos—de la determinación de cuando una guerra es justa o injusta. Para Bertrand Russell toda clase de guerra es injusta y resulta inconcebible que, dado el alto grado de sublimidad cultural conseguido en nuestra época, el hombre siga asesinando al hombre y, desde luego, no haya sido capaz de encontrar unos medios más idóneos para arbitrar sus contiendas político-sociales. Causa pavor, escribe, advertir cómo el hombre sigue empecinado en la bárbara tarea de asesinar. La guerra del Vietnam, por consiguiente, es algo más que un simple «conflicto ideológico».

Bertrand Russell, en realidad, no deja entrever en las páginas de su libro la posibilidad de una pronta y adecuada solución al conflicto bélico más extenso e irracional de la hora presente. Las miras del filósofo giran en torno de algo que, a primera vista, nos parece tanto o más difícil que el logro del fin del conflicto. Nos referimos, claro es, al problema de humanizar el modo de llevar a cabo la contienda; es decir, de proceder en las acciones armadas. Esto, al menos—como mal menor—, es lo que desea Bertrand Russell. El lector que penetre a fondo en las páginas de este libro seguramente que encontrará terriblemente monótonas las palabras del eminente lord británico que, infatigablemente



## RECENSIONES

te, clama, una y otra vez, por el cese de los bombardeos y, sobre todo, por el empleo de las llamadas bombas de *napalm* y otros gases venenosos.

Ciñéndonos a lo que podríamos considerar como la sistemática del libro, cosa que, en rigor, no existe, podemos advertir en esta obra, cuando menos, cuatro partes perfectamente diferenciadas entre sí: *precedentes históricos de la guerra del Vietnam, las atrocidades bélicas, las posibles soluciones al conflicto armado* y, finalmente, la exposición de un extenso Informe—del que es autor uno de los miembros de la Fundación Russell—sobre *Vietnam del Norte*. Subrayemos seguidamente las principales ideas que Bertrand Russell expone en su libro.

Prescindiendo de cualquier otra tesis, incluso en contraposición de lo que piensan algunos sectores de la opinión pública internacional, Bertrand Russell considera que toda la responsabilidad de la guerra del Vietnam recae sobre los Estados Unidos. Han pasado—nos dice—ya los tiempos en los que se creía que la intervención americana consistía simplemente en un quehacer de instrucción u orientación de carácter técnico o estratégico. En la actualidad los americanos se han constituido en protagonistas directos, dado que, como señalaba el «New York Times» de 21 de octubre de 1962, «los americanos y los vietnamitas marchan juntos y mueren juntos. No creemos que se pueda estar más complicado que eso».

En opinión de Bertrand Russell—opinión que cuenta con infinidad de adeptos—la tesis de la intervención americana puede resumirse en los siguientes puntos: «El Gobierno de los Estados Unidos está librando una guerra de exterminio en el Vietnam. El único propósito de esa guerra es mantener en el Sur un régimen feudal brutal y exterminar a cuantos resisten la dictadura en el Sur. También se propone invadir el Norte, que está en manos comunistas.» Y, en definitiva, «la verdadera preocupación que induce a los Estados Unidos a seguir la política brutal abandonada por Francia en Indochina es proteger intereses económicos y evitar que en esa región del mundo se implanten reformas sociales de importancia». Por otra parte, el profesor Bertrand Russell no vacila en subrayar que, en efecto, «el Gobierno americano ha estado encubriendo la verdad de cómo se está librando esta guerra, el hecho de que está en violación con los acuerdos de Ginebra respecto de Indochina, el número elevado de tropas americanas que participan en esa guerra y que la forma de lucha recuerda la de los alemanes en Europa oriental y la de los japoneses en el Asia sud-oriental».

La conclusión más importante a la que llega el eminente Premio Nobel es, precisamente, la de atribuir la dirección de la guerra del Vietnam—moral y material—a los Estados Unidos. El autor no duda un momento en afirmar que, en efecto, «es importante comprender que desde que los franceses fueron finalmente derrotados en Dien Bien Fu en 1954 la guerra ha venido librándose subrepticamente bajo la dirección americana. Después de la retirada francesa y de las conversaciones de Ginebra comenzó a aparecer en Vietnam un número considerable de tropas americanas. Uno de los aspectos más importantes de esta guerra es que los Estados Unidos han estado pretendiendo durante muchos años que no había tal guerra y que esa guerra que no había no la estaban librando los americanos. He experimentado—subraya el autor—cierto sentido de frustración al tratar de revelar que sí había tal guerra y que los americanos estaban muy complicados en ella. Al principio, los periódicos occidentales e incluso personas relacionadas con el movimiento pro paz en Occidente mantenían que no había pruebas de que América dirigiera la guerra. Así lo afirmó varias veces el «New York Times». Por último, en el curso de la controversia se admitió que la participación americana sólo tenía carácter consultivo».

Poco a poco, sin embargo, el paso del tiempo ha venido a confirmar la posición mantenida por el pensador británico, puesto que en un editorial del «New York Herald Tribune» (23 de noviembre de 1962) se decía que «los Estados

## RECENSIONES

Unidos están íntimamente complicados en la guerra secreta más grande de la Historia. Nunca se ha visto a tanto personal militar americano interviniendo en zonas de combate sin que haya un programa formal de información pública acerca de lo que está ocurriendo. Es una guerra sin informes públicos oficiales ni datos sobre el número de hombres, la cantidad de dinero o de equipo que se están volcando en ella».

Ante cuanto antecede el lector de estas páginas se formulará una pregunta inevitable, a saber: ¿Cuál es la situación real de la política americana en Vietnam? La verdad, pensamos, que es muy difícil contestar a esta pregunta, dado que, como nos advierte el propio Bertrand Russell, para encontrar justificación a la política americana en Vietnam tendríamos que comenzar por preguntarnos si la pasión de la lucha vietnamita obedece, a su vez, a esa constelación de fuerzas anticoloniales que están transformando el Tercer Mundo.

¿Hay, pues, algún atisbo de solución al conflicto en un plazo de tiempo más o menos próximo? Esta interrogante tampoco concede especial facilidad para una respuesta medianamente aceptable, puesto que, en rigor—según señala Bertrand Russell—, ni siquiera los militares americanos afirman ya que pueden ganar la guerra en Vietnam del Sur. El problema ahora es cómo reducir al mínimo las pérdidas... Pero si el persistir en la actual política representa un castigo desesperado del pueblo vietnamita, cabe insistir en que, tan inhumano como esa política, sería la simple retirada de los Estados Unidos, porque en cuestión de pocos meses, como máximo, el país estaría completamente bajo el control comunista y con toda seguridad seguiría en el Sur la matanza de todos cuantos hayan luchado contra los comunistas. Abandonar ahora a esa gente, tras años de acerbada guerra civil, sería un acto de imperdonable indiferencia.

En todo caso, lo que está sucediendo en Vietnam, lo mismo que en otras partes del mundo, es una prueba más—una triste y lamentable prueba— de que, se quiera o no, el hombre es un animal pendenciero y amante del poder. En efecto—subraya Bertrand Russell—, sin poder y sin lucha la vida le parecería lánguida y tediosa. La historia, no en vano, es el producto de la lucha y de la sed de poder, pero más que la historia, las guerras y los imperios.

Como fácilmente comprenderá el lector la cuestión más espinosa que se debate en las páginas que motivan nuestro comentario es la referente a los sucesos bélicos a los que el autor aplica el calificativo de «crímenes de guerra». Dado el apasionamiento con que el autor refuerza el contenido de cada una de sus afirmaciones el lector que profese un mínimo de serenidad y de prudencia podrá, a buen seguro, dudar de las negras tintas con las que el ilustre pensador inglés recarga cada una de sus aseveraciones. A ese grupo de seribs e imparciales lectores les recomendamos la lectura de la páginas que un periodista español—peregrino por los campos de batalla del Vietnam—ha dado a la imprenta no hace mucho tiempo (1).

No obstante la solicitud cursada por Bertrand Russell del establecimiento de un Tribunal de Crímenes de Guerra—petición formulada en el año 1967— y la adhesión a ese proyecto por parte de prestigiosas figuras de la vida pública internacional es evidente que los mil y un proyectos del eminente hombre de letras inglés han caído en una increíble frustración. Bertrand Russell no ha regateado medio alguno para llevar la paz a las tierras del Vietnam. Una de las páginas más dramáticas del libro que comentamos no las constituyen, como acaso pudiera pensarse, la relación antológica de hechos que realmente han acontecido—relación insertada en el Informe sobre el panorama del Vietnam del Norte— y que revelan un salvajismo impropio de la civilización actual, sino, por el contrario, la desesperada alocución que, con fecha 24 de mayo de 1966, el insigne filósofo dedicó a los soldados americanos destacados en el Vietnam, a los que, en

(1) HERRERO, PEDRO MARIO: *Crónicas desde el Vietnam*. Cuadernos Ciencia Nueva. Madrid, 1968, 80 páginas.

## RECENSIONES

cierto modo, invitaba a una especie de rebelión dado que, entre otras cosas, les aconsejaba el realizar una detenida meditación sobre algunos de los siguientes extremos: «Cuando regresáis del combate, ¿os habéis preguntado quién es esa gente a la que estáis matando? ¿Cuántas mujeres y niños han muerto hoy a vuestras manos? ¿Qué sentiríais si todo eso estuviera ocurriendo en los Estados Unidos a vuestras mujeres, a vuestros padres, a vuestros hijos? ¿Cómo podéis soportar lo que ocurre en torno vuestro, día tras día, semana tras semana? Os hago estas preguntas porque vuestra es la responsabilidad y en vuestras manos está el decidir si ha de continuar o no esta guerra criminal.»

El libro de Bertrand Russell es algo más que un magnífico trabajo de índole filosófica, social y política en torno de una guerra carente de sentido. Se trata de algo mucho más trascendente: la defensa de la dignidad humana. La inestabilidad en que hoy vive el hombre puede hacerse, según el autor, mucho más insportable aún. Todo depende de que, en efecto, el hombre siga mostrando mayor preferencia por prepararse para la guerra antes que para la paz. No resulta muy arduo, piénsese lo que se quiera, la tarea de encontrar una solución ideal a los problemas que el hombre de nuestro tiempo tiene en el campo de la política internacional, planteados, ya que, «desde que se arrojó la bomba sobre Hiroshima, toda persona que se toma la molestia de pensar ve con claridad que la única solución a los problemas del mundo es el desarme nuclear. En los países que ya poseían armas nucleares se proclamaba a los cuatro vientos que todo nuevo país que se hiciera con armas nucleares no hacía más que aumentar el peligro de la guerra nuclear».

A la guerra, en definitiva, no nos empuja, como ingenuamente pudiera creerse, «la maldad del enemigo», puesto que, justamente, «se han registrado ciertos movimientos, poderosos y crecientes, para evitar la guerra, pero es dudoso que puedan crecer con la suficiente rapidez para vencer los intereses creados en la industria de armamentos y la pasión de la vanidad nacional, ya que no pueden influir a menos que cambien los sentimientos públicos. Habrá que creer menos en la maldad del «enemigo» y mucho más en lo desastroso que sería una guerra nuclear. Tendría que producirse una difusión general del sentido común, pese a las presiones de los gobiernos por marchar hacia el desastre. Habrá que comprender que el primer deber de un hombre no es cometer asesinatos en masa y que la única manera de fomentar el bien común es mediante la cooperación. La gran duda de nuestro tiempo es saber si se puede lograr ese fin antes que estalle la guerra. ¿Qué es mejor para las naciones, vivir en paz entre ellas o perecer juntas? Se conoce que los gobiernos prefieren esta segunda opción o, por lo menos, la política que lleva a ese fin».

José María NIN DE CARDONA

MEMORANDUM

TO : [Illegible]

FROM : [Illegible]

SUBJECT: [Illegible]

[Illegible text follows, including a handwritten mark resembling a 'J' or '7' in the left margin.]